

MARTA  
MARTÍN  
GIRÓN

LUNA  
ROJA

¿Qué puede perturbar la mente de una persona? ¿Hasta qué punto podemos llegar a hacer nuestro el sufrimiento ajeno?

A los pocos días de cerrar su último caso, los inspectores Yago Reyes y Aines Collado son requeridos en el escenario de un nuevo crimen. Un vecino de la localidad valenciana de Alcira, Miguel Ángel Rodríguez Palacios, es hallado muerto en la reserva natural de caza de Muela de Cortes. El análisis forense certifica que lo asesinaron propinándole dos tiros por la espalda y lo retuvieron contra su voluntad durante horas. Se abre así una investigación donde, para infortunio de las víctimas, la muerte de Miguel Ángel no será un hecho aislado.

Los inspectores Reyes y Collado se enfrentan a un asesino meticuloso, discreto y paciente. Su *modus operandi* varía en cada escenario. La cuenta atrás para detenerlo antes de que vuelva a actuar se ha iniciado. La colaboración con otras comisarías y la recuperación de varios casos sin resolver, serán cruciales para encaminar las investigaciones.

Acompaña a los detectives Yago Reyes y Aines Collado en su labor policial y adéntrate en los «cómo», los «cuándo» y los «porqués» del asesino. Nunca el amor por los demás llevó a nadie tan lejos.

# **LUNA ROJA**

Marta Martín Girón

*Al que me acompaña cada día y sueña a mi  
lado.  
Al que hace que la vida tenga sentido.  
Al que amo con toda el alma.  
A ti, Marcos Nieto Pallarés.*

## **Nota de la autora**

Las conversaciones y las opiniones de los personajes que se recogen en esta obra son parte de un escenario ficticio y son independientes a los criterios personales que pueda tener la autora.

## Prólogo

Resignado, cogió un taburete y lo puso enfrente de él. Lo observó: las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas hasta precipitarse contra sus muslos. Desde ahí, y leales a la gravedad, las gotas recorrían un sendero ya trazado entre el vello de sus piernas hasta terminar despeñadas contra el suelo, uniéndose finalmente al charco de meados que se acumulaba bajo sus pies.

Suspiró antes de dirigirle las primeras palabras, de desvelarle el timbre de su voz.

–Vas a tener una única oportunidad. –Los quejidos de su presa sonaron más agudos y desesperados en un nuevo y frustrado intento por exigir su libertad. Desde que recobró la consciencia, su tiritera siempre se debió más al miedo que al frío; ahora, estaba aterrado.

El captor contempló el rostro de su prisionero empapado en babas, lágrimas y mocos; su cuerpo en sudor y orina, sus extremidades húmedas y arrugadas, amoratadas por la presión de las cuerdas.

–Es hora de irse –dijo su secuestrador poniéndose en pie–. Levanta. –Sabía que contrariamente a lo que venía haciendo en las últimas horas, a sus intentos desesperados por desamarrarse, esta vez no se movería ni un centímetro.

Provisto de unos guantes, cogió unas tijeras que había dejado en el suelo. Le ahuecó la camiseta y comenzó a cortársela hasta despojarlo de ella. Hizo lo mismo con sus calzoncillos. Una vez lo hubo desnudado por completo,

metió ambos trapos hechos jirones en la misma bolsa donde ya guardaba el resto de sus pertenencias.

–No te muevas si no quieres que acabe contigo de un tajo. –Con un cuchillo sesgó las cuerdas que inmovilizaban sus tobillos y le impedían andar–. Bien. Ahora, vamos. Levanta. Debes caminar hasta la furgoneta. –Lo sujetó de los brazos para ayudarle–. Vamos. Camina.

A paso lento y a empujones, consiguió conducirlo hasta el vehículo sin que su presa opusiera resistencia. Y es que, si en verdad apenas podía tenerse en pie, menos aún podía encontrar fuerzas para revolversse.

–Vamos –dijo una vez más, esta vez empujándole al interior de la furgoneta y haciéndole caer en el suelo de la caja. Este se hizo un ovillo, como un armadillo tratando de protegerse del ataque de un predador. Sin embargo, no obtuvo tregua: el individuo lo cogió de los tobillos y tiró de él haciendo que su cuerpo se estirase para, a continuación, ponerle unas nuevas ataduras en sus huesudos, desnudos y sajados tobillos.

Una vez inmovilizado, cerró de un portazo y se dirigió a la parte delantera.

Subió a la furgoneta.

Arrancó.

Encendió las luces y puso rumbo hacia Muela de Cortes.

Tras conducir cerca de una hora y media, al fin se adentró por el camino que le conduciría al último destino de su víctima. Los faros iluminaban un paraje que se iba oscureciendo a cada minuto transcurrido. La noche cerrada iniciaba su ascenso ayudada por la frondosidad del bosque. No obstante, para el desgraciado que temblaba en la parte trasera del furgón, aquel detalle resultaba indiferente: la venda de sus ojos no le permitiría distinguir entre la luz del día o la negrura del ocaso.

Una carretera secundaria dio lugar a una de barro, charcos y piedras. Esa misma noche la agencia meteoroló-

gica daba nuevamente previsión de chubascos; el «camuflaje» estaba asegurado. El olor a tierra húmeda anunciaba que no tardaría en empezar a llover.

Se encontraban cerca. Todo estaba saliendo como lo había planificado. A lo largo de los últimos veinte kilómetros no se habían vuelto a cruzar con ningún otro vehículo. Aunque no era frecuente ver actividad por aquellos parajes a esas horas de la noche, no pudo evitar pensar que la suerte estaba de su parte.

Aparcó en el punto exacto programado: retirado de la vereda, próximo a unos árboles y arbustos de altura considerable. Antes de apearse, se cercioró de que no hubiera nadie por los alrededores. Apagó las luces de la furgoneta y el motor. En efecto, a esas horas tan solo se encontraban ellos en el monte.

Todo marchaba a la perfección.

Abandonó el vehículo de un salto generando un sonido de chapoteo. Sin prisa, se dirigió a la parte trasera sintiendo cómo las botas se le hundían en el fango. Por fortuna para su víctima, la parte trasera del vehículo descansaba sobre una gruesa capa de arena; húmeda, pero firme.

Lo agarró de las ataduras de los tobillos y lo arrastró hacia afuera sin importarle los arañazos que le haría en la piel.

—Yo no he elegido esto —dijo el secuestrador. Cogió la navaja y comenzó a sajar, por segunda vez, las cuerdas que le impedían andar y, durante unos instantes lo miró compadeciéndose de él, observando cómo lloraba y gimioteaba, cómo se sacudía en un intento ridículo por soltar sus manos—. Ya no te sientes igual de poderoso, ¿verdad? Igual de vivo. ¿Te sientes igual de hombre que antes?

Su víctima era consciente de que su final se encontraba cerca. A pesar de tener las piernas liberadas, su opresor había decidido dejarle las manos atadas a la espalda, una venda negra impidiéndole ver nada y una mordaza de tex-



tura rugosa y con sabor a gasolina prácticamente desencajándole la mandíbula, ahogando sus deseos de pedir auxilio. Su atormentada cabeza no pudo dejar de sospechar que aquel chiflado mal nacido se había servido del primer trapo sucio y lleno de grasa de motor que encontró tirado por la furgoneta o en la caja de herramientas. A duras penas podía contener las arcadas. Además de las náuseas, un espantoso dolor le recorría todo el cuerpo; las piernas y los brazos los tenía acalambrados, los pies y las manos arañadas y amoratadas debido a la presión de las cuerdas. Aunque él mismo no se las podía ver, el dolor y el tono púrpura azulado de su dermis daba claras señales de tenerlas próximas a la gangrena.

Hubiera deseado salir corriendo, pero no sabía dónde estaba ni dónde encontrar una salida. Aunque la hubiera adivinado, jamás hubiera podido escapar de allí; aquel que lo tenía cautivo tampoco le hubiera permitido escapar.

El desconocido que lo retenía abrió la cremallera de una bolsa de deporte que viajaba junto a su presa. Dentro echó los restos de la soga que le había quitado. Del mismo compartimento extrajo un rifle. Quitó el seguro, giró la palanca de apertura de los cañones y comprobó, por tercera vez, que estuviera cargada. Con un movimiento seco la volvió a cerrar.

—¡Vamos! ¡Sal! —le ordenó, agarrándole del brazo e imponiendo fuerza para levantarlo—. Es tu momento de escapar. —El hombre empezó a gemir con desesperación, aunque deseaba chillar. Las lágrimas barnizaban su rostro—. No te molestes —dijo empujándole fuera de la furgoneta. Sus pies desnudos entraron en contacto con la maleza, clavándosele piedras, hojas secas y trozos de ramas. Cayó de bruces hacia delante, hiriéndose además un costado del cuerpo—. Por mucho que lo intentes, aquí no te puede oír nadie. Vamos, levanta. Es tu oportunidad de huir.

Desnudo, maniatado, cegado, dolorido y acalambreado, llorando y pegando gritos contenidos, se alzó del suelo con torpeza y desesperación y empezó a correr como un preso de Auschwitz tratando de escapar de un guardia de las SS.

–Tienes diez segundos.

El corazón de su víctima latía al borde del infarto.

–Diez.

»Nueve.

»Ocho.

»Siete.

»Seis.

»Cinco.

»Cuatro.

»Tres.

»Dos».

Paró de contar.

Pensó: «Dos balas. Dos disparos».

Observó el cuerpo desnudo de su presa, la pasta marrón generada por sus defecaciones ahora oscurecida por la noche tapándole parte de la raja del culo.

Tropezaba a cada paso. En un par de ocasiones estuvo a punto de volver a caer de bruces.

Apenas había conseguido alejarse unos metros.

–Uno.

El «cazador» alzó el rifle sobre su vertical hasta situarla en paralelo al terreno.

Enfocó sin prisa.

Disparó.

Por un instante la detonación ensordeció sus oídos. Del atronador silencio nació un pitido constante que se mezcló con el aletear de los pájaros que volaron en estampida. El primer casquillo salió lanzado por los aires. El olor a pólvora se mezcló con el de la tierra húmeda.

Observó a su presa: había hecho blanco en su espalda, haciéndole caer hacia delante.

Dio un paso en su dirección.  
Miró sus piernas: aún pataleaba.  
Volvió a apuntar.  
Disparó.  
Nuevo blanco: su cabeza.

## Cazado

Yago Reyes

Jueves, 3 de octubre de 2019

Nos esperaban en Muela de Cortes, Valencia, a unos ochenta y cuatro kilómetros de nuestra comisaría. Luca de Tena nos había ordenado trasladarnos allí a raíz de una «invitación» que llegaba de parte de los compañeros de la comisaría de Valencia. Según lo que sabíamos hasta el momento, unos cazadores habían encontrado el cadáver de un hombre que al parecer era vecino de Alcira; de ahí que nos avisaran.

Aquel «tengo malas noticias, chicos» nada más entrar en su despacho me puso un nudo en el estómago. Su semblante tampoco transmitía sosiego.

–¿Qué ha pasado, señor? –le preguntó Aines lo más contenida posible. Aun así, fue evidente su inquietud.

–Un cadáver en Valencia –dijo el comisario mientras anotaba algo en un papel. Estaba totalmente distraído, no levantaba la vista de la mesa. Permanecimos expectantes esperando a que prosiguiese–. Tendréis que ir para allá.

–¿A Valencia? –replicó Aines verbalizando la misma pregunta que se me acababa de pasar por la mente.

–Sí. A ver... –Soltó el bolígrafo para centrarse en lo que nos ocupaba–. Han hallado el cuerpo en Muela de Cortes. Junto a él estaba su ropa y su documento de identidad: era de aquí. Además, acabamos de comprobar que,

en efecto, ayer por la tarde su esposa denunció la desaparición.

Aines asintió.

–¿Su ropa? –pregunté confuso.

–Sí. Estaba completamente desnudo. Algunas prendas estaban hechas trizas.

«Joder».

–En fin, aquí tenéis la dirección exacta –nos dijo el comisario entregándonos el papel en el que instantes previos había estado escribiendo. Meted las coordenadas en el GPS, está en pleno monte.

–De acuerdo.

–¿Algo más? –preguntó Aines.

–No, solo que ha habido ensañamiento. No me han dado mucha información. Cuando lleguéis os pondrán al tanto.

–Muy bien, señor.

«Vaya forma de empezar la mañana –pensé nada más subir al coche y mirar la hora en el reloj del salpicadero; marcaba las 9:11».

Aines tomó el volante. Por mi parte, me dediqué a introducir la dirección exacta en el GPS. Mientras tecleaba observé un instante a mi compañera sin que ella se diese cuenta. Era evidente su preocupación; a ambos nos pilló la noticia fuera de juego. Y aunque apenas teníamos datos, desde el momento en que pisamos el despacho del jefe tuve la clara sospecha de que nos enfrentaríamos a una investigación compleja. No era habitual atender tantos casos de asesinato en una comunidad autónoma en tan poco espacio de tiempo, las estadísticas así lo decían, pero... Llegué a pensar que había traído conmigo la mala suerte.

–Tenemos que ir por la CV-435 –dije tras ojear el recorrido que indicaba el navegador.

–Vale. Has puesto el sonido, ¿no?

–Sí.

Asintió levemente, sin apartar la vista de la carretera.

–Sé que acabas de cogerlo, pero si te cansas de conducir, me lo dices y cambiamos.

–No te preocupes, estaré bien –respondió forzando una sonrisa que no engañaba a nadie.

–Está bien.

Su semblante se volvió a transformar en una expresión mohína y triste, la misma que la acompañaba desde la resolución del caso de Elena Pascual Molina. Sentía lástima por ella.

Apoyé la espalda en el respaldo y me dejé envolver por el silencio. De vez en cuando la radio interrumpía el monótono sonido del coche.

Al cabo de un rato, traté de sacar algún tema de conversación.

–¿Qué harás este fin de semana? ¿Tienes algún plan?

Me lanzó una fugaz mirada con el ceño fruncido.

–¿A qué día estamos? ¿No es jueves? –Me extrañó su pregunta. La mayoría de la gente de nuestra edad o más jóvenes tenían la costumbre de considerar el jueves como un «aperitivo» previo al fin de semana, algunos incluso salían más de fiesta el propio jueves por la noche que el viernes o el sábado.

–Sí.

–No lo sé. No tengo ningún plan. ¿Y tú?

–Si puedo iré a Madrid.

–¿Cuándo?

–Pues en principio, el viernes después de que acabemos la jornada. Me da igual llegar a las tantas de la madrugada.

–Ten cuidado.

–Tranquila, para el lunes estaré de vuelta, puntual como un reloj suizo.

Sonrió de nuevo, esta vez con un poco más de ganas.

–En fin –suspiró.

–Te veo decaída.

–No sé si tengo cuerpo para estudiar otro cadáver.

Me sorprendió su sinceridad.

–¿Es por el último caso?

–Supongo. Francamente, pensé que en un par de días me habría olvidado de todo. No sé por qué me está pasando esto. No era mi primer caso, ¿entiendes?

–Bueno, tan solo han pasado unos días, y hay casos que nos dejan más huella que otros.

–Lo sé.

–¿Has pensado en ir a hablar con alguien?

–Ya estoy yendo.

Su respuesta volvió a pillarme por sorpresa.

–¿Y?

–En realidad empecé antes de ayer.

–¿Y qué tal?

–Bastante bien, la verdad. Volveré esta tarde o mañana.

–Me alegro de que te esté ayudando.

–Gracias. Por cierto, cuando vea la próxima vía de servicio pararé. Necesito un café.

–Perfecto. Me apunto.

Y eso hicimos: en cuanto llegamos a la primera vía de servicio, paramos. Después de vaciar las vejigas y hacernos con un par de «chutes» de cafeína para bebérnoslos por el camino, reanudamos el viaje.

El silencio volvió a ser protagonista de nuestro traslado.

«Toma la tercera salida en CV-428», indicó el GPS con su voz de mujer robótica.

La indicación nos llevó a atravesar un pequeño pueblo.

–Según este cacharro estamos cerca, a unos diecisiete minutos –informé a mi compañera–. Gira la siguiente a la